



ERICK S. MAYORA

Una reflexión a pie descalzo

## Espacios públicos para una sana convivencia

Alfredo Infante, s.j.\*

El autor presenta las siguientes líneas como fruto del diálogo que ha mantenido con los estudiantes de filosofía de la Compañía de Jesús, quienes desarrollan su experiencia pastoral en sectores populares de Caracas como La Vega y Catuche

**A** principios de la década de 1980 se experimentó un cambio en la calidad de vida de los sectores populares. Comenzó, desde entonces, un progresivo deterioro en las expectativas de movilidad social que activó una especie de depresión social. Esta dinámica se fue evidenciando de manera especial en la convivencia en el barrio.

Uno de los indicadores más patentes ha sido la pérdida de los espacios públicos vinculados a las dinámicas cotidianas tales como la calle, la placita, el mercadito, la bodega, la cancha, los espacios festivos, los funerales entre otros.

Otro indicador ha sido la creciente violencia social que ha reducido dramáticamente los espacios de intercambio y decretado *toque de queda* en las horas nocturnas que mucha gente dedica a estar con los demás de manera informal o para reuniones comunitarias, sociales o eclesiales.

Las observaciones que se presentan están hechas desde una perspectiva suburbana, especialmente desde La Vega y Catuche (Caracas), comunidades donde los estudiantes de filosofía de la Compañía de Jesús tienen presencia pastoral.

En este sentido, solo se pretende dar algunas ideas que promuevan el diálogo y la reflexión sobre un tema central en la vida del pobre: *el espacio público y el tiempo como ámbitos necesarios para la convivencia social digna*.

Vale comenzar con un hecho de vida. Cuando uno escucha algunos relatos cotidianos de mujeres de nuestros barrios, la imagen que nos viene es la de alguien que está en plena lucha por la vida. Todo es a contracorriente.

#### UNA HISTORIA BASADA EN HECHOS REALES

Una mujer trabajadora, de la parte alta de La Vega, se levanta a las cuatro de la mañana, prepara todo para la escuela de sus hijos, arregla los asuntos domésticos y sale al trabajo a las cinco de la mañana a luchar por montarse en una buseta o en un Jeep. Toma el Metro y, después de unos cuantos empujones, finalmente llega al trabajo casi a la hora. Labora pensando en los hijos que dejó en la casa o en la escuela. Le preocupa no tener tiempo para ir a recogerlos, cuidarlos y acompañarlos.

Si está la figura de la abuela en casa, entonces contará con ese apoyo para el cuidado de la prole, porque los hogares de cuidado diario ya no existen. Si su trabajo remunerado es como empleada doméstica, tal vez estará expuesta al maltrato y acoso por parte del patrón. Si trabaja en un ministerio se verá sometida al adoctrinamiento y al chantaje político. Si es trabajadora informal vivirá al día, sin seguridad social, expuesta al chantaje de la policía y a merced de las mafias que se han repartido los espacios de la ciudad.

Al salir del lugar donde labora, comienza entonces otra lucha, ahora por llegar a casa a tiempo. Las colas para tomar una buseta o un Jeep son interminables. Nuevamente debe aguantar empujones en el transporte público, siempre susceptible a ser asaltada. El recorrido, muchas veces, es de un extremo a otro de la ciudad con tráfico lento y bullicioso. Trancas por todos lados. Seguramente hará una inversión diaria de dos y hasta tres horas para llegar a casa.

Finalmente llega al hogar, pero el trabajo no acaba. Ahora es el turno de los quehaceres domésticos y de atender a los hijos y al marido, si éste está presente.



CORREO DEL ORINOCO

Al momento de irse a la cama, lo hará pensando en la hora en la que, probablemente, llegue el agua, que suele ser en la madrugada. En lo que el vital líquido haga acto de presencia tendrá que levantarse para llenar los peroles, sacrificando muchas veces el sueño reparador.

El fin de semana, si tiene el dinero suficiente para el mercado semanal dedicará medio día a esta actividad. Para comprar económicamente hará una larga cola en Mercal, si tiene suerte y consigue que esté surtido. El sábado también lo dedicará a lavar y a arreglar la casa. Al llegar la noche, dormirá en medio de la bulla, porque nunca falta quien se desahogue amaneciendo de rumba con la música a todo volumen.

De seguro las ráfagas de tiro alcanzarán y cejarán la vida de algún muchacho en el barrio durante el fin de semana. No es exageración. En el barrio Los Cangilones, en los primeros 18 días del mes de septiembre pasado, ya se contaban quince muertes violentas de jóvenes. Este registro no es oficial, ni mediático, es el conteo de un estudiante jesuita que acompaña la comunidad. El domingo es el día más distendido, el único día que la gente se da el lujo de dormir un poco más; bueno, si no es practicante de ninguna religión, porque de ser así, se levantará temprano para ir a la celebración dominical.

Este no es el único perfil. Los ritmos de vida en el barrio son diversos, sin embargo, el denominador común es la lucha por la vida, caracterizada esta por la inmersión en una ciudad poco amigable y agresiva, por la violencia que ha arrebatado a un ser querido, la escasez de tiempo para participar en el cultivo de lo público y el deterioro de los espacios comunitarios habituales de convivencia.

A todo esto se suma el hecho de que espacios sagrados para la gente, como el cementerio, se han convertido en lugares agrestes donde, además, reina la inseguridad y la profanación de tumbas para el robo de los restos de los cuerpos. Los cadáveres tienen buen precio en el mercado religio-

so vinculado a la santería. Por eso ya hemos comenzado a bendecir cenizas en los sectores populares. Sabemos que la incineración es contracultural en el ámbito popular pero, por miedo a que se profanen las tumbas de los seres queridos, la gente ha optado por esta práctica.

### ACTORES DE LA ESPERANZA

Esta dinámica cotidiana que acá hemos descrito es vivida por un alto porcentaje de la gente de nuestros barrios. Sin embargo, sorprende cómo en medio de ella, hay mujeres que hacen lo posible por estar pendientes de los asuntos de la comunidad. La participación en la escuela, el consejo comunal y en la iglesia es un claro indicador y, quienes así actúan, tienen un nivel de subjetividad muy alto, pues no es fácil dar ese salto y salir de sí en medio de tanta adversidad. De facto, el mismo hecho de sobrevivir en medio de este ritmo deshumanizante y no morir en el intento, es un acto heroico.

Atendiendo al caso presentado, subrayamos dos asuntos que tocan el foco de nuestra reflexión: en primer lugar, dada la dinámica de sobrevivencia, la gente tiene cada vez menos tiempo para la convivencia social, es decir, para intercambiar con sus vecinos en la cotidianidad,



ERICK S. MAYORA

de manera sosegada. Quienes lo hacen es porque son sujetos y están convencidas del valor de lo público para la vida compartida en el barrio.

Estas personas interconectan el mejoramiento de lo público con el mejoramiento de su calidad de vida y, por ello, son capaces de dar de sí y de lo que tienen para vivir con el propósito de poder construir condiciones de dignidad.

En segundo lugar, esta estrechez de tiempo, sumada a la inseguridad, ha llevado a ceder los espacios públicos del barrio a una minoría que controla y ejerce el poder en ellos. Estas minorías (microtraficantes, colectivos, entre otros) son actores en conflicto en algunos lugares y, en otros, actores fusionados. La fusión de intereses entre narcotráfico y colectivos reduce la violencia indiscriminada y la hace más selectiva, aumentando, en consecuencia, el control de los espacios comunitarios por parte de estos actores de poder.

### ¿Y LOS CONSEJOS COMUNALES?

Mención especial se merecen los consejos comunales que, en medio de una gama muy variada de experiencias, resultan insostenibles para la gente común por el alto nivel de participación que exige y que convierte a sus miembros prácticamente en funcionarios públicos no remunerados.

Esta dinámica va decantándose cada vez más en el control por parte de los colectivos revolucionarios o del batallón del partido de esta instancia de participación comunitaria, es decir, son los profesionales de la participación vinculados al partido de Gobierno los que terminan controlando esta instancia de participación que formalmente es de la comunidad.

La experiencia de los consejos comunales y, más específicamente, de todo el trabajo que en ellos se debe realizar, demuestra que la democracia directa es insostenible pues terminan cayendo responsabilidades sobre la gente *de a pie* para las que se requiere ser funcionario público a tiempo completo. Por tanto, y ante la cotidianidad de nuestra gente de los sectores populares, resulta insostenible mantener, desde la base, una responsabilidad de Estado.

### CÓMO LLEVAR A CABO LA TAREA

Ante este panorama cabe preguntarse, en sintonía con la primera opción de los jesuitas de Venezuela, *¿cómo promover que los pobres se constituyan en verdaderos sujetos sociales*, cuando los espacios públicos se van perdiendo y los tiempos para una participación más cualificada son cada vez más estrechos? Y a la luz de nuestra segunda opción, también es pertinente preguntarse *¿cómo fortalecer lo público y favorecer la creación de una cultura de la vida* en este contexto?

Ambas opciones se exigen mutuamente. Ambas tareas son urgentes, necesarias e importantes, pero exigen de nosotros una gran sabiduría para ver las posibilidades que, en medio de esta situación cuasi cerrada, se pueden activar o desatar.

Lo vivido en el país con los proyectos de rehabilitación de los barrios durante la década pasada es una fuente de aprendizaje. Dichos proyectos, implementados a través de consorcios entre la comunidad organizada y las instituciones públicas, tenían como uno de los focos el reordenamiento de los espacios públicos, que facilitaría una convivencia comunitaria de calidad.

Este modelo de gestión comunitaria ha mostrado ser el más adecuado y, aunque actualmente no sea reconocido por el Gobierno, sigue siendo una propuesta vigente, en el caso de que se abriera en el país un diálogo sobre la rehabilitación de nuestros barrios.

Mientras tanto, se deben implementar y promover proyectos como La Casa de los Muchachos, en Catuche, coordinada por el movimiento Huellas en alianza con Fe y Alegría y la Universidad Católica Andrés Bello, que mantiene una relación sinérgica con el concejo comunal, el comité deportivo y el consorcio. Este proyecto responde a intereses reales de la gente tales como la atención a los niños y, desde ahí, abre espacios significativos de encuentro y de buena vecindad como los sancochos comunitarios.

---

#### DESDE LO PASTORAL

Desde el punto de vista pastoral, hay que valorar espacios y tiempos significativos de convivencia como retiros y paseos donde la gente se encuentra consigo misma, con Dios y con los demás. Centrar el trabajo pastoral en lo más propio de nuestra espiritualidad como lo es la lectura orante de la palabra, el ofrecimiento de ejercicios en la vida corriente y el acompañamiento personal, es tarea clave e ineludible.

---

#### EN LO SOCIAL Y POLÍTICO

En lo social, se deben acompañar las iniciativas de recuperación de espacios públicos, como la rehabilitación del callejón de Los Cangilones, por ejemplo. En lo político, es necesario acompañar a los consejos comunales con el objetivo de que los procesos que desarrollan sean expresión de los intereses de la comunidad y no de un partido.

También se deben fortalecer los comités de paz que se han encargado de la negociación entre bandas, como en el caso de Catuche, donde se ha logrado el establecimiento de ciertos códigos de respeto hacia la comunidad y donde se han establecido treguas entre los actores armados.

El trabajo escuela-comunidad también debe apuntar hacia la recuperación de estos espacios. En lugares como Las Casitas y La Pradera –en la parte alta de La Vega– el único espacio con el que cuenta la comunidad es el escolar, y muchas veces las escuelas están cerradas por temor a que el recinto sea deteriorado o para evitar que el espacio se convierta en un ámbito de medición de poder entre algunos de los actores que hacen vida en la comunidad: consejos comunales, colectivos, etcétera.

---

#### LA TAREA URGENTE

En síntesis, la oferta de tiempos cualificados para el cultivo de la persona y la recuperación de los espacios comunitarios de convivencia son la tarea urgente y necesaria en nuestras zonas populares, y hacia allá debe estar orientado el trabajo concreto de los jesuitas en los barrios.

Si la reducción de los espacios públicos y la escasez de tiempo continúa afirmándose como normalidad, la vida se irá privatizando cada vez más y una serie de valores que damos por supuestos entre la gente popular venezolana, serán piezas de museo para las nuevas generaciones.

La paradoja es que en este tiempo de revolución, la pérdida de los espacios públicos en el barrio y la ausencia de tiempos sosegados nos están llevando al individualismo más puro y destilado, es decir, a un Estado comunal sin comunidad.

---

\*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.